

EL DINERO, EL ESTADO Y LA COMUNIDAD ILUSORIA²²⁹

SIMON CLARKE

La pasada década ha sido testigo del auge global de movimientos sociales que se identifican socialmente no en términos de clase sino de características culturales, sean estas religiosas, nacionales, lingüísticas o relativas a estilos de vida particulares. Como reacción a este crecimiento y el correspondiente declive de la movilización política orientada en torno a la clase, muchos antiguos socialistas han pasado a sostener que el concepto mismo de clase está pasado de moda, que los socialistas han de congraciarse con las nuevas formas bajo las que se manifiestan las aspiraciones populares y valerse de las tendencias progresistas de estos movimientos para contrarrestar la amenaza que supone el populismo de derechas. Estos argumentos se asocian habitualmente con una crítica de la forma política del partido socialista, según la

229. Nota del editor: este texto de Simon Clarke recoge el contenido de una conferencia que el sociólogo británico dio en la International Conference «Socialism and the Spiritual Situation of the Age» de 1988 en Yugoslavia. Agradecemos a nuestro amigo Mario Aguiriano Benítez el habernos facilitado el acceso al mismo y el haberlo traducido para esta edición.

cual este debería abandonar su base social obrera para asumir una forma populista y democrático-liberal.

Si bien es ciertamente importante que los socialistas se hagan cargo de las formas culturales con las que las masas articulan sus experiencias de explotación y opresión, me gustaría argumentar que si los socialistas quieren evitar los peligros de un oportunismo político tan divisivo como destructivo, ese compromiso con las expresiones de descontento popular ha de ser crítico. Este compromiso crítico requiere del análisis de las bases reales y la forma mistificada de dichos movimientos culturales. En este artículo querría hacer una serie de observaciones que, si bien no tienen nada de originales, poseen una enorme importancia.

El punto de partida de mi argumento es que este fenómeno no es nuevo en absoluto. De hecho, la movilización autoconsciente de fuerzas sociales sobre la base de la identidad de clase ha sido históricamente la excepción en lugar de la regla. Si este no fuera el caso, ya hace tiempo que el capitalismo habría sido abolido. El singular problema al que nos enfrentamos hoy en día es el mismo con el que Marx tuvo que lidiar. El impulso motor del trabajo de Marx era precisamente la necesidad de desarrollar un análisis científico que pudiera penetrar las formas mistificadas en las que la opresión y explotación capitalistas aparecen, para así poder dotar a la política socialista de un fundamento racional. Los orígenes de este programa se hallan en su encuentro con la crítica feuerbachiana de la alienación religiosa, pero no se trata en absoluto de una preocupación limitada a su juventud. Desde *La Ideología Alemana* a la *Crítica del Programa de Gotha*, Marx intentó desarrollar y desplegar una crítica de las formas mistificadas de la conciencia política popular en el nombre del socialismo científico.

Lo distintivo de la crítica marxiana en relación con la de Feuerbach reside en el hecho de que su teoría de la alienación no es una teoría filosófica o psicológica, sino que está

asentada en bases históricas. Las ideologías no son puro artificio ni la mera proyección de ideas abstractas, sino formas alienadas de expresión de relaciones sociales históricamente desarrolladas. La alienación alcanza su máxima expresión en la sociedad capitalista, en la cual las relaciones personales y comunales previamente existentes han sido disueltas bajo el poder del dinero, de modo que las relaciones humanas son mediadas por las formas alienadas del dinero y la Ley. La disolución de la comunidad humana implica que los seres humanos tendrán ahora una existencia desdoblada entre, por un lado, su existencia personal como individuos «privados», y, por otro, el modo en que su existencia social solo aparece en la forma alienada de la posesión de propiedad, a través de la cual se constituye su identidad social como miembros de la sociedad civil. El carácter social de sus relaciones aparece por lo tanto ante sus ojos como una fuerza externa que los subyuga al poder social del dinero y el poder político del Estado. Los individuos, sin embargo, no aceptan pasivamente la alienación de su humanidad, sino que tratan de reconstruirla por vías políticas e ideológicas. El intento de reapropiarse de su humanidad empuja a los individuos a las formas alienadas de la conciencia religiosa y política, en las que la ausencia de una comunidad real es compensada por la construcción de comunidades ilusorias de índole política o espiritual, y la lucha para reapropiarse de su humanidad aparece así bajo la forma alienada de la lucha por la conquista de derechos políticos y el acceso al poder estatal. Sin embargo, si bien el Estado representa la expresión más abstracta de la comunidad, y en esta medida trasciende los estrechos horizontes de la comunidad precapitalista, no deja de ser «comunidad ilusoria» en la que los poderes sociales de los individuos aparecen bajo la forma alienada del poder político del Estado.

La crítica del poder estatal como forma alienada es lo que define los límites de la lucha democrática. La conquista del derecho de ciudadanía permite a todos los miembros de la sociedad participar en el proceso democrático, pero no hace nada por superar la forma alienada del Estado, en el que el

carácter social de la humanidad es apropiado por este y en el que la auto-determinación aparece bajo la forma alienada de la concesión de derechos por parte del Estado. La lucha por restablecer la humanidad ha de ser una lucha por superar las formas alienadas en la que esta aparece, sean religiosas o políticas, y desarrollar nuevas formas de organización y conciencia sociales a través de los que la humanidad pueda tomar sus poderes sociales bajo control autoconsciente.

Mientras que el desarrollo del capitalismo destruye las viejas formas de comunidad, también crea formas nuevas que proveen los fundamentos sobre los cuales esta lucha puede despegar, desarrollando nuevas formas sociales de producción en las que la clase trabajadora es reunida en la producción y en la cual las divisiones en el seno de la clase obrera son progresivamente destruidas. El desarrollo de la organización de la clase obrera frente a la explotación capitalista provee la base para nuevas formas de comunidad basadas en la auto-organización de la clase obrera, que devienen a su vez en luchas por la reapropiación de los poderes colectivos del trabajo y el hacer efectivo el control social de la producción. Solo la auto-organización de la clase trabajadora puede proveer los medios de superar las formas alienadas de la existencia social, y por consiguiente las formas alienadas de conciencia religiosa y política, porque este es el único medio a través del cual la humanidad puede reapropiarse de sus poderes sociales. Esto no implica en absoluto que la organización colectiva de la clase obrera supere por sí misma las divisiones y conflictos sociales. Sí implica, sin embargo, que este es el único medio a través del que estas divisiones pueden confrontarse directamente y resolverse democráticamente.

La crítica de Marx de la conciencia religiosa y política no se centra tanto en el contenido de esta conciencia como en sus formas alienadas. En ausencia de una comunidad real las aspiraciones espirituales de la humanidad solo pueden articularse bajo estas formas alienadas. Por lo tanto la lucha para trascender la conciencia política y religiosa es la lucha para

liberar el contenido humano de los límites impuestos por sus formas místicas. Las luchas religiosas del periodo de la Reforma, y las luchas políticas de la revolución democrática son estadios esenciales en la lucha por la realización de estas aspiraciones humanas, pero es la lucha de la clase obrera organizada la que provee la única base sobre la que las aspiraciones expresadas en estas luchas pasadas pueden realizarse. El objetivo del socialismo es extraer el núcleo racional de estas formas mistificadas para asentar sobre fundamentos racionales la lucha humana expresada en estas. Esta es la base no solo de la crítica de Marx a la filosofía de Hegel, sino sobre todo a la Ideología alemana a la que esta dio lugar.

Como sabemos, Marx siempre retuvo la fe ilustrada en el progreso y el avance de la razón. Marx tendía a anticipar un progreso evolutivo desde la conciencia religiosa a la conciencia política hasta la conciencia social, correspondiente a la separación de la Iglesia y el Estado, asociada a la separación del Estado y la sociedad civil y más tarde al desarrollo de una clase obrera organizada que desafiaría progresivamente las formas alienadas del poder social y político capitalista. En esta prognosis Marx infravaloró notablemente el poder y resiliencia de la conciencia religiosa y política, por un lado, y la habilidad de la clase obrera para desarrollar nuevas formas de organización colectiva autoconsciente, por otro. Por ello a menudo el desarrollo de la conciencia social de la clase trabajadora ha acontecido en el seno de, y en tensión con, formas de conciencia política y religiosa. Las divisiones de índole religiosa, cultural y nacional persisten entre la clase obrera. De hecho, estas formas ilusorias de comunidad parecen a menudo mucho más reales para sus miembros que la comunidad de clase que habría de disiparlas. ¿Significa esto que el análisis de Marx es erróneo, que subestimó la importancia de esta «conciencia espiritual» al centrarse en la realidad material de la clase? El declive de la clase en favor de formas de solidaridad de índole religiosa, cultural y nacional parece indicar que sí.

Antes de afrontar esta cuestión es importante clarificar *qué no es* lo que Marx estaba argumentando. Marx no argumentó que la prioridad de la conciencia de clase y la organización de clase estuviera basada en la prioridad de los intereses materiales sobre los espirituales, sino que la única base social sobre la que la humanidad podría realizar sus aspiraciones tanto materiales como espirituales era aquella constituida por la socialización del trabajo y la organización colectiva de la clase trabajadora, porque se trataba del único modo en que la humanidad podría ir más allá de las formas alienadas e ilusorias de comunidad religiosa o política.

La cuestión no es por tanto el materialismo de Marx, que no es en absoluto una forma de economicismo, sino su afirmación de que la clase obrera organizada puede proveer el fundamento histórico para la realización de las aspiraciones materiales y espirituales de la humanidad.

La cuestión que tenemos que responder, por lo tanto, es si el fracaso del movimiento de la clase obrera organizada a la hora de superar las formas ilusorias de comunidad es un fracaso necesario, el resultado de la incapacidad del socialismo para satisfacer las aspiraciones humanas, o si es un fracaso contingente, el resultado de reveses políticos sufridos por el socialismo, por un lado, y de la degeneración del movimiento socialista, por otro. No hace falta decir que para los socialistas esta última es la única respuesta posible. El fracaso del movimiento socialista a la hora de proveer un marco en el cual los humanos puedan realizar sus aspiraciones ha de interpretarse como el resultado de fracasos políticos por parte del movimiento socialista, que lo ha llevado a distanciarse de la clase obrera y por lo tanto a caer en brazos de una nueva y crecientemente implausible forma de comunidad ilusoria. Tanto en el Este como en el Oeste los partidos comunistas y socialistas han minado sus raíces en la auto-organización de la clase trabajadora, orientándose a la conquista o ejercicio del poder estatal en lugar de tratar de crear una nueva forma de sociedad en la que «el hombre» reconozca y organice sus propios

poderes como «poderes sociales, y por consiguiente no separe el poder social de sí mismo en forma de poder político»²³⁰. El movimiento socialista ha disuelto sus raíces en la comunidad real para imitar la comunidad ilusoria del Estado. En estas circunstancias no sorprende que el lenguaje del socialismo haya caído en un amplio descrédito y las aspiraciones populares hayan buscado cauces políticos y culturales alternativos.

230. Marx, K. and Engels, F.; *Collected Works*, Vol. 3, p. 143.

Es tan sencillo extraer las consecuencias de este argumento como difícil implementarlas. La respuesta de los socialistas a los nuevos movimientos sociales, el resurgimiento del fundamentalismo religioso y el renacer del nacionalismo ha de ser crítico. Sin embargo, esta crítica ha de ser una crítica positiva en al menos dos sentidos. Por un lado, los socialistas han de reconocer el carácter genuino de las aspiraciones que son expresadas bajo esas formas alienadas, sin importar cuánto de mistificada sea su forma de expresión. Por otro lado, los socialistas han de trabajar para reconstruir un movimiento socialista a través del cual esas aspiraciones puedan ser expresadas, y en el cual los conflictos reales a los que estas dan lugar puedan ser articulados y democráticamente resueltos. La cuestión de la democracia, y sobre todo de la democracia en el seno del movimiento socialista, es central. Pero no una socialdemocracia, ni tampoco una democracia formal meramente orientada a la resolución de conflictos y en que las minorías sean silenciadas en nombre de una mayoría mítica. La tarea consiste en construir formas democráticas apropiadas para la auto-organización y movilización colectiva de la clase obrera como un todo.

Esta tarea ha sido pospuesta durante demasiado tiempo. El compromiso de los partidos socialistas y comunistas con la liberalización y la democratización ha seguido siendo meramente formal, y cuando se han incluido reformas ha sido solamente para aplacar las demandas de una transformación radical. Sin embargo, la crisis del socialismo está llegando a un punto crítico, tanto en el Este como en el Oeste. Lo que está en juego en este punto es la pretensión del movi-

miento socialista, cada vez más cerca de la mera retórica, de servir como auténtica expresión de la autoorganización de la clase obrera. ¿Abandonará el movimiento socialista esta aspiración, disolviéndose como fuerza política distintiva y tomando la forma de un partido liberal-democrático aliado con el dinero y el estado como formas alienadas de poder social? ¿O tratará de renovarse a sí mismo y dotar de realidad a lo que ahora es mera retórica desarrollando nuevas formas de organización que sirvan como marco para la auténtica participación democrática?